
Posiblemente, en un mundo en el que las comunidades científicas perciben la urgencia, posibilidad y necesidad de fomentar el pensamiento interdisciplinar, la integración de científicos naturales, ingenieros, filósofos y humanistas, teólogos, economistas y cultivadores de las ciencias del espíritu (que postulaba Dilthey) no es una distracción sino una exigencia de la tarea de buscar y construir juntos sistemas interpretativos de la realidad que den sentido global y respuesta a la gran pregunta que ya se hacía en su tiempo Inmanuel Kant: ¿qué es el hombre?

Este texto del prólogo a este volumen es un manifiesto a favor de la convergencia de pensamientos hacia respuestas a las grandes preguntas:

En lo que coinciden todos los pensadores de este libro es en su rechazo de la obviedad y en su entrega a la reflexión. Desde sus inicios, la filosofía [y aquí podríamos integrar todos los esfuerzos racionales del

pensamiento humano] partió de que nada es obvio, de que en todo lo que nos circunda habitan la extrañeza y la perplejidad. Bien lo sabía Schopenhauer cuando escribió: “La vida es algo penoso; he decidido pasarla reflexionando sobre ella”. Algo parecido nos legó Husserl, uno de los filósofos del siglo XX que más han valorado la reflexión filosófica: “Tuve necesariamente que filosofar; de lo contrario no habría podido vivir en este mundo”. Solo cabe esperar que no sea cierta la sentencia de Fichte: “Si uno filosofa, no vive; y si vive, no filosofa”. Siempre será posible, pienso, unir vida y filosofía, pensamiento y experiencia (p. 13).

La perspectiva multipoliédrica de los pensadores que nos presenta Manuel Fraijó, junto a otros muchos hombres y mujeres que elaboraron, elaboran y elaborarán respuestas multidisciplinares a las grandes preguntas de la humanidad siempre es necesaria.

[Leandro SEQUEIROS SAN ROMÁN]

HARRISON, Peter. *Los territorios de la ciencia y la religión*. Editorial Sal Terrae (Grupo Editorial Loyola)–Universidad Comillas, 2020, Colección Ciencia y Religión, número 19, 335 páginas, ISBN: 978–84–293–2902–5, Traducción de Ignacio Silva, del original de 2115, “The Territories of Science and Religion”, The University of Chicago.

La *Revista de Fomento Social* incluye entre sus objetivos la atención a todos aquellos fenómenos que construyen nuestra sociedad en todos sus aspectos. Por ello, una referencia a este estudio histórico, filosófico y cultural tiene interés para los lectores. Los

centros sociales no pueden dejar de lado aquellas instituciones y plataformas desde las que se establecen puentes con construcciones humanas multidisciplinares, como la Cátedra Francisco J. Ayala de Ciencia, Tecnología y Religión de la Universidad Pontificia Comillas [<https://www.comillas.edu/es/catedra-ciencia-tecnologia-religion>]

La Cátedra Ciencia Tecnología y Religión se fundó oficialmente el 30 de junio del año 2003. Y desde sus inicios se integró en la Escuela Técnica Superior de Ingeniería (ICAI) de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

El objetivo fundamental de la Cátedra era constituirse en un foro de reflexión y discusión sobre aquellos temas que se encuentran en debate en la sociedad del siglo XXI entre el conocimiento científico y tecnológico y el conocimiento religioso. Todo ello en un ámbito abierto a la diversidad de enfoques, abierto a la participación tanto de creyentes (de las distintas religiones y confesiones) como de no creyentes, y también a la participación de todos cuantos en nuestra sociedad se presten al diálogo y a tender puentes intelectuales, actitudinales y de acción social desde un pensamiento racional riguroso.

Una de las iniciativas de la Cátedra Ciencia, Tecnología y Religión fue la de la publicación de una colección de libros de nivel universitario sobre la problemática intelectual y práctica de las relaciones entre los tres referentes de la Cátedra: el mundo de las Ciencias de la Naturaleza, el mundo de las Ingenierías y las Tecnologías, y el mundo de las tradiciones religiosas socialmente organizadas. Estos estudios se han publicado gracias al convenio entre la Universidad Comillas y el Grupo Editorial Loyola de la Compañía de Jesús.

Presentamos aquí en esta reseña un comentario al volumen 19 de la Colección Ciencia y Religión ("*Los territorios de la ciencia y la religión*") [<https://gcloyola.com/es/fe-y-ciencia/3571-los-territorios-de-la-ciencia-y-la-religion-9788429329025.html>] que ha visto la luz en enero de 2020 con una excelente traducción de Ignacio Silva y gracias a la subvención de la Fundación Templeton.

Como el mismo traductor Ignacio Silva escribe en la breve presentación del volumen,

Peter Harrison despliega en este magnífico volumen (...) una penetrante reflexión sobre los territorios de la ciencia y la religión, y los mapas que hoy nos los representan.

Harrison ha tomado de Jorge Luis Borges [https://es.wikipedia.org/wiki/Del_rigor_en_la_ciencia] la metáfora de los mapas, tomada de las ciencias del territorio, para recorrer en el espacio y en el tiempo el discurrir del pensamiento humano (básicamente occidental) por los senderos retorcidos del llamado conocimiento racional humano y de las experiencias espirituales y religiosas.

Y más adelante:

Como cristalizaciones conceptuales del modo particular en que el hombre se refiere al mundo –escribe el traductor–, las relaciones históricas entre ciencia y religión han sido objeto de estudio desde diversas perspectivas, tanto en el siglo pasado como en el nuestro, ya sea interpretando esta interdependencia en términos de armonía, de conflicto o de formas alternativas. Fue en 1991 cuando John Brooke escribió su afamado volumen titulado Ciencia y religión: perspectivas históricas (también publicado en esta Colección [y del que hay una extensa reseña en nuestro blog FronterasCTR, de 12 de enero de 2017, "Ciencia y religión en John Brooke": <https://blogs.comillas.edu/FronterasCTR/2017/01/12/ciencia-y-religion-john-brooke/>]. Esta publicación ha cambiado radicalmente la manera de entender y estudiar las relaciones entre estas dos actividades tan propiamente humanas (p. XI).

Coincidimos con Ignacio Silva en la afirmación de que el profesor Peter Harrison, director del Instituto de Estudios Avanzados en Humanidades de la Universidad de Queensland [<https://uq.academia.edu/PeterHarrison>], propone en este volumen ("*Los territorios de la ciencia y la religión*"),

un giro novedoso al argumento de la complejidad de la evolución de los conceptos de “ciencia” y “religión” desde las perspectivas históricas de Brooke. El autor nos ofrece una detallada y documentada descripción de cómo el mapa conceptual de las ciencias y las religiones, tal como las entendemos hoy,

no son sino el producto de un desarrollo y una evolución que comienza en la antigua Grecia y llega hasta nuestros días, pasando por la Edad Media, la modernidad temprana y el tumultuoso siglo XIX (pp. XI–XII).

Según expone y documenta el mismo Harrison,

la comprensión de las nociones de religión y de ciencia que se tenía durante los primeros siglos de cristianismo, aquella del medioevo, e incluso de la modernidad temprana, difieren tanto de su comprensión actual, proveniente básicamente del siglo XIX, que la tematización de sus relaciones recíprocas puede resultar anacrónica sin una debida contextualización.

El volumen que ahora comentamos es una versión de las Gifford Lectures, (conferencias sobre Teología Natural que se imparten desde 1888) [<https://www.giffordlectures.org/>] que Harrison pronunció en la Universidad de Edimburgo en febrero de 2011. Peter Harrison (nacido en 1955) es autor de numerosas publicaciones sobre la historia intelectual de la Modernidad temprana, con especial atención a las relaciones entre ciencia, religión y filosofía. En esta misma colección de la Cátedra CTR ha visto la luz un estudio emblemático, *Cuestiones de ciencia y religión. Pasado y presente*. Sal Terrae, Colección Ciencia y Religión, número 11, 2017 [<https://gcloyola.com/eu/ciencia-y-religion/3055-cuestiones-de-ciencia-y-religion-pasado-y-presente-9788429326727.html>]

Los seis capítulos del libro coinciden con el contenido de las seis conferencias originales pronunciadas en el año 2011. El capítulo primero de este volumen resume el argumento general que se va a desarrollar: describir cómo hemos llegado a entender el mundo en los términos de las dos categorías fluctuantes en contenidos de “ciencia” y “religión”. Cómo hemos llegado a discriminar, a separar, a cartografiar el territorio y el dominio de los hechos materiales del mundo de los valores morales y religiosos. La gran novedad en el discurso de Harrison es que, con frecuencia, los historiadores de la historia y de la historia social de la ciencia han proyectado hacia el pasado el concepto de “ciencia” y el concepto de “religión” que hoy sostenemos. Y no es así. Desde el mundo griego hasta la actualidad, el concepto de “ciencia” y el concepto de “religión” ha sido cambiante. Puede decirse que los mapas conceptuales que organizan conceptualmente la mente humana son muy cambiantes y dependen de múltiples factores sociales, culturales y económicos. La historia social es muy compleja. Como escribe el propio autor, cómo describimos el pasado suele adolecer de una

proyección distorsionada de nuestros mapas conceptuales actuales sobre los territorios intelectuales del pasado (p. 3).

Por otra parte, el autor defiende que

al remarcar que “ciencia” y “religión” son conceptos creados hace relativamente poco, pretendo hacer más que una afirmación histórica sobre la aplicación anacrónica de conceptos modernos al pasado (p. 3).

Y

lo que se sigue de estas consideraciones es que distorsionamos el pasado si aplicamos acriticamente nuestras categorías modernas a actividades pasadas que pueden haber

sido conceptualizaciones de una forma muy diferente por los involucrados en ellas (p. 5).

Los otros cinco capítulos completan los detalles de esta cartografía mental. Las notas son abundantes y permiten al lector realizar excursiones colaterales por los mapas del conocimiento. Siempre que ha sido posible, el traductor nos ofrece la versión castellana de los libros citados, aunque las referencias bibliográficas pueden resultar desesperadamente anglosajonas. Da la impresión de que fuera de la lengua inglesa no se ha publicado nada en el mundo sobre ciencia y religión.

El capítulo 2 (“El cosmos y la búsqueda religiosa”) bucea en los orígenes míticos de la ciencia. Para Harrison,

la ciencia natural por sí misma vino al mundo como un legado de la antigua Grecia (...) y desde sus inicios, se ubica a la ciencia en una relación particular con la religión (p. 23).

Harrison resalta que hay tres aspectos que hay que resaltar.

En primer lugar, la idea de que los padres de la Iglesia y, después de ellos, los escolásticos subordinaron la filosofía natural o la ciencia a la teología es bastante errónea (...)

En segundo lugar, hasta cierto punto, el cristianismo sí es responsable de la disminución del alcance de la filosofía natural, pero en el sentido de que comienza a ocuparse de los objetivos morales y religiosos que eran antes intrínsecos a la filosofía natural” (p. 52) (...)

En tercer lugar, y relacionado con esto, no es posible en este caso presentar una oposición entre descripciones naturalistas y religiosas del cosmos (p. 53).

El capítulo 3 (“Signos y causas”) se centra en los diferentes planteamientos en la Edad Media, y especialmente San Agustín, Santo

Tomás y las primeras universidades. Dice Harrison que

es importante, por tanto, no reducir ni la filosofía natural (“ciencia”) ni la sacra doctrina (“teología”) a la familiaridad con un cuerpo organizado de doctrinas. Al proponer que la sacra doctrina es una ciencia, Tomás de Aquino afirma que es una práctica que lleva a un estado mental particular, como consecuencia de lo cual uno puede razonar habitualmente de la causa al efecto (p. 69) (...)

En consecuencia, [en la Edad Media] ciencia et religio comenzarán a asumir la forma de las categorías modernas de “ciencia” y “religión” (p. 81).

Por ello, el capítulo 4 (muy importante) (“La ciencia y los orígenes de la “religión”) aporta datos novedosos sobre la frecuencia relativa de las expresiones inglesas “Christian religion” y “the Christian religion”) en libros ingleses por décadas entre 1550 y 1680. Según avanza el tiempo, cada vez es más frecuente hablar de “la religión cristiana” interpretando esto como la primacía de la doctrina sobre la experiencia religiosa, tanto en los católicos como en los protestantes (p. 93). Las consecuencias son importantes: filosofía natural y religión se van a transformar en cuerpos doctrinales que en el renacimiento acabarán enfrentadas.

El capítulo 5 (“Utilidad y progreso”) está muy centrado en Francis Bacon y el papel del *Novum Organon* en la constitución de la filosofía natural como cuerpo para el progreso de la humanidad contrapuesto a la religión.

Bacon hablaría de una filosofía natural dirigida a los usos de la vida humana (p. 124).

El conocimiento se torna algo útil y no mera especulación.

Individuos como Bacon se veían a sí mismos como participantes de un plan providente (p. 144).

El último capítulo, el 6 (“Profesar la ciencia”) otorga mucho peso a la figura de William Whewell,

erudito, director del Trinity College, miembro de la Royal Society y miembro fundador de la British Association for the Advancement of Science, y que clasificó a la teología natural entre las ciencias inductivas (p. 147).

Para Harrison,

La idea de un estudio de la naturaleza que excluyera lo metafísico y lo teológico (...) estaba en completo desacuerdo con una concepción de la filosofía natural y de la historia natural que había prevalecido hasta la mitad del siglo XIX (p. 148).

Aquí entra la figura de William Paley que intenta la unificación de la filosofía natural y de la teología al desarrollar lo que se llama desde entonces la *Teología Natural* (1802) de Paley que

contenía el famoso argumento del diseño basado en la analogía entre un reloj y el mundo natural (...). La ética utilitarista de Paley, su teología racional y su historia natural teologizada fueron de lectura obligatoria hasta las décadas de 1840 y 1850 (p. 149).

Y más adelante:

Si a finales del siglo XVII se había afirmado que la filosofía natural era una actividad religiosa, en el siglo XIX se sugería que la teología natural era una actividad científica (p. 153).

Whewell llegó a sugerir que el éxito del método inductivo, junto con el progreso del conocimiento natural que resultaba del mismo, era en sí mismo evidencia de los designios providentes de la Deidad (p. 156).

El lector puede echar en falta la referencia al desarrollo de los territorios de la ciencia y de la religión en el siglo XX y en los inicios del siglo XXI. Pero tal vez el cometido de Harrison culminaba con la síntesis decimonónica de Whewell que parecía solucionar un problema. No en vano las conferencias Gifford giran en torno a la Teología natural.

El autor ha añadido un corto epílogo (página 183 y siguientes) en el que ofrece algunas observaciones sobre cómo la narrativa del texto se relaciona con otras discusiones y debates de la historia de la modernidad occidental y cuestiona si el tema tan debatido del “conflicto entre ciencia y religión” no ha podido ser un mito. Las notas y la bibliografía ocupan más de cien páginas, que dan solidez y consistencia a las afirmaciones de Peter Harrison.

[Leandro SEQUEIROS SAN ROMÁN]